

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Corredor del palacio árabe. Puerta con tapiz en el centro. Dos entradas laterales.

Sale por el foro el Infante don Fernando. Mira á todos lados y vuelve á abrir la cortina, diciendo:

FERNANDO

Nadie aún; dura la misa
más de lo justo.

SOBEYA

Saliendo á su vez por la puerta del fondo.

Cristiano:

yo pagaré tu favor
con el que tengo en mi mano.
Gracias á ti he vuelto á ver
sala á sala este palacio,
que fué en otro tiempo Alcázar
de mi poder soberano.
Todos me son enemigos

en él: solo tú y tu hermano
no abrigáis para Sobeya
rencor.

FERNANDO

En tus hombros blancos,
¿qué flechas han de clavarse
que no las lancen los labios?

SOBEYA

Esta noche. en mi refugio,
llégate á verme, cristiano,
para todos escondido,
á tí y á don Diego le abro;
la amistad que me tenéis
yo, como puedo, os la pago.
Un hombre habrá en la muralla,
junto al portón donde hablamos:
os dirá «por el Profeta»,
y guiará vuestros pasos.
Esta noche, en mi refugio,
Carrión hallará unos vasos;
bayaderas del Profeta
danzarán, si os es de agrado;
para los hombres amigos
dos velmeces quiero daros
con pedrería de Arabia
reseguidos en damasco.
De la amistad de Sobeya
recuerdo habéis de llevaros.

Va á salir.

FERNANDO

Hasta la noche, Sobeya,
la de los brazos nevados.

SOBEYA

Hasta la noche, el Infante
bien querido y bien barbado.

FERNANDO

Volviendo á desaparecer por la puerta
del fondo y ya con el tapiz en la mano.

No os acompaño á la puerta
por si hay gente en el palacio.

SOBEYA

No temáis que en él me pierda;
solos me llevan mis pasos.

Desaparece el Infante.
A tiempo que va á salir Sobeya por la
derecha entra por el mismo lado Doña El-
vira.

ELVIRA

Asombrada y sospechando, al ver aque-
lla desconocida en el Alcázar.

¿Quién eres y á dónde vas
tan libre, por el Alcázar?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
ASOB. 1925 MONTERREY, MEXICO

SOBEYA

Con hipocresía.

Señora, una pobre mora
que la limosna os demanda;
por malos pecados nuestros
triunfó la gente cristiana,
y en tanta miseria estoy
que pido de casa en casa.

ELVIRA

¿Quién te ha traído hasta aquí?

SOBEYA

¡Oh, señora, no fué nada!
Me trajo el señor Infante
don Fernando, el de las barbas.

El rostro de Doña Elvira tiene una ligera contracción. Sobeya goza, sorprendiendo aquel sobresalto en la dama.

El es tan recio de cuerpo
como generoso de alma...
Quiso á su estancia llevarme
por conocerme unas danzas
que en toda la morería
por ellas soy afamada.

ELVIRA

Transición. Con aire de acusarla.

Las telas de tus vestidos

parecen telas preciadas;
y llevas cadenas de oro
de las orejas colgadas.

SOBEYA

Me las dió el señor Infante
para pagarme las danzas;
si juzgáis que no las valgo,
descogedlas y tomadlas.

Se inclina como ofreciendo aquellas joyas á Doña Elvira.

DOÑA ELVIRA

Soberbia, con ironía.

Antes creo que fué el pago
mezquino para tus gracias;
y ya que enmendarlo puedo,
no te irás sin que lo haga.

Se saca un anillo del dedo.

Este anillo pesa en oro
cinco.doblas castellanas:
me lo dió el señor Infante
hace unos meses en arras;
por si él anduvo tacaño,
yo te lo tiro á las plantas;
si más oro necesitas,
por él acude al Alcázar:
para que te abran las puertas
muestra el anillo á los guardas.

Con soberano desdén deja á la mora que atemorizada, sale retrocediendo ante Doña Elvira, cuyo aire y cuyo ademán la imponen. Doña Elvira va á entrar por la puerta del fondo, á tiempo en que Don Fernando, lívido, levanta el tapiz.

DON FERNANDO

¿Con quién hablabas?

DOÑA ELVIRA

Transición. Con severa dignidad.

Con una mora bayadera hablaba.
La dí un anillo y permiso
para entrar en el Alcázar:
que no es bien que vaya y venga
sin mi venia, por mi casa.
Ahora dispondré que lleven,
alta, á la torre, mi estancia;
porque yo no pienso bien
con el rumor de las danzas.

DON FERNANDO

¡Elvira!

DOÑA ELVIRA

¡El Cid don Rodrigo
saldrá esta tarde á una algara;
los enemigos aprietan

y ya es razón darles caza:
los pendones de Carrión
de estar doblados, se gastan!

Salé.

DON FERNANDO

Después de una pausa. Amenazando.

¡Yo he de encerrarte en Galicia,
en una torre más alta!
¡Tú pensarás bien con nubes
si no piensas bien con danzas!

Tiende la mano en señal de amenaza;
luego, violentamente, abre la cortina y
desaparece. Telón.

CUADRO SEGUNDO

Interior de un tabuco sombrío en un perdido arrabal de la Valencia árabe, donde ha venido á refugiarse con su gente, Sobeya la Sultana.

Hay un contraste entre lo miserable de las paredes y el lujo de algunos cojines y tapices orientales, restos de la antigua opulencia desperdiciados en la miseria actual. Puerta al fondo que da á un callejón oscuro. Puerta lateral izquierda con tapiz.

SOBEYA

¿Qué te respondió?

LOBNA

No para de interrogar á su hermano el viejo Profeta. Hablaban de las noticias del campo; de la algara que hace el Cid esta tarde. Vi, en la mano del Profeta, un corto alfange; con él, á trozos, cortaron una serpiente. Miraban los anillos, palpitando, y sacaban profecías... Salí con horror del cuarto.

SOBEYA

Pero, ¿le has dicho el mensaje?

LOBNA

Apenas paró á escucharlo.

SOBEYA

Pero, ¿sabe que vendrán aquí, esta noche, cristianos?

LOBNA

Se lo he dicho.

SOBEYA

¿Y no le has dicho quiénes son los dos hermanos?

LOBNA

Los Infantes de Carrión: ya les conoce...

SOBEYA

Casados con las dos hijas del Cid.

¡Lobna hermana, si logramos
llevar á cabo mi intento,
qué gran venganza!

LOBNA

Los brazos
cerró el emir contra el pecho
cuando se los he nombrado,
y le crugieron los huesos
con el esfuerzo, al cerrarlos.

SOBEYA

¡Pobres gargantas cristianas
que esperan otros abrazos!

UNA VOZ

En el silencio de la calle.

¡Alah es Alah!

SOBEYA

Yendo á la puerta y gritando afuera.

¡Alah es Alah!

Volviéndose á Lobna

Ahora llegan; acordaos
de lo que os he dicho á todas,
de lo que me habéis jurado.

Tú queda con tus hermanas
tras el tapiz, vuestras manos
prontas á todo peligro...

LOBNA

¡Que Alah conduzca tus pasos!

Se separan. Lobna desaparece tras el tapiz. Sobeya, tratando de dominar su emoción, compone el desorden de sus mantos. Aparecen en la puerta los Infantes de Carrión, acompañados de un musulmán; Sobeya hace una seña á éste, que desaparece.

DON FERNANDO

Entrando.

¿Nos esperaba la blanca Sobeya?

SOBEYA

Limpié con óleos mi sien, nazarenos;
vertí en mis trenzas perfumes de Arabia,
tres veces hice ablución en mi cuerpo:
mi casa es pobre, mi lecho está limpio;
que, pecadora, no tengo esperanza
de entrar, por obras, en el paraíso,
sino sirviendo y sirviendo á los fieles
con estos brazos, que saben caricias:
con estos labios que tienen perfume,
y con mis trenzas que abrigan el sueño.

DON DIEGO

¿Estás tú sola en la casa?

SOBEYA

Que se habrá sentado y casi tendido en un diván improvisado con almohadones y tapices en un rincón del tabuco.

¡Oh, yo sola!

¿Cómo, si el Cid nos estrecha y persigue
y entra en las casas de nuestros hermanos,
y cada día atraviesan la calle
desesperados, sin casa y sin fuego,
los de mi ley, que me piden refugio?
Viven conmigo unas pobres mujeres:
Zahara, que ha sido en Toledo Sultana
cuando Almamún daba fiestas de flores
en sus palacios de ricas maderas;
Lobna, que tuvo á Al-Cadir en sus brazos
la tarde aquella del duro combate,
cuando un cristiano le hirió, y él, sintiendo
que estaba pronto á morir, dejó el campo
y entró en su lecho y pidió que le dieran
una mujer de cabal hermosura
para morir como había vivido.
Amina, Saida y Nocima, se tienden
sobre un tapiz á dormir por las noches:
están tan pobres que ya no les quedan
otras riquezas encima del cuerpo,
sino sus ojos, que son esmeraldas.
Hay con nosotras un triste profeta

que, en el ocaso, nos lee Kasidas,
y, el cuerpo bruno del sol del desierto,
un beduino que educa serpientes.

DON FERNANDO

Basta con ellos, la mora y con ellas.
Dales mensaje que estamos nosotros;
diles que somos infantes cristianos,
y que, al salir nuestras gentes al campo,
viendo que estábais tan tristes y solas,
hemos venido á traerlos consuelo.

SOBEYA

¡Oh, con temor escaparan al veros,
por vuestros yelmos y vuestras espadas!
Desde las noches horrendas del cerco,
todo su cuerpo, al mirar una espada,
palpita como una herida sangrienta.

DON DIEGO

¡Y á fe que es cierto! Venimos á bodas
con más avíos que el Cid va á los campos.

DON FERNANDO

Sonriendo.

Cuando á la tarde el Alcázar dejamos,
todos creyeron que al campo salíamos.

DON DIEGO

Burlón,

El mismo Cid nos marcó nuestro sitio.

DON FERNANDO

Idem,

Nuestras mujeres quedaron medrosas
de los azares que, audaces, corríamos.

DON DIEGO

¡Crédulas son estas gentes de Burgos!

DON FERNANDO

Que se ha ido desciñendo las armas, á
Sobeya.Toma, Sobeya, la espada y la daga
y la coraza y el yelmo...

SOBEYA

Con sonrisa de triunfo, cruelmente dis-
mulada.

¡Así!

DON DIEGO

Desciñéndose también sus armas.

Toma.

Que no están bien la armadura y las armas
donde solían poner, según cuentan,
rosas y mirtos las gentes de Roma.El cinto que le sujeta la daga se han en-
redado con ella y no puede desceñirlo.

¡Maldita daga, no puedo soltarla!

SOBEYA

Yo probaré...

DON DIEGO

No... ¿qué importa? tus manos
tan delicadas se destrozarian.

SOBEYA

¡Tengo mis dientes!

DON DIEGO

¡Oh, no!

SOBEYA

Y esta daga
con esta piedra preciosa en el puño;

es mi pasión, mi delirio, ¡la quiero!
¡Más amo yo los granates que tiene
que el sol, dorando su reja, un cautivo!

DON DIEGO

Pues, toma, es tuya...

Vuelve á probar inútilmente.

No puedo...

SOBEYA

*Inclinando la cabeza y mordiendo en el
cinto.*

¡Mis dientes!

*Cruje el cinto. Sobeya descüñe la daga y
la besa diciendo, triunfalmente, al ver des-
armados á los dos Infantes.*

¡Ya está! ¡Oh, de cierto, no hay hora que valga
esta gran hora, cristianos infantes,
en que soltáis vuestras armas cruzadas
por el amor de Sobeya indefensa!

Sonríe.

DON FERNANDO

Llama á tu gente.

SOBEYA

Congréguese todos
y haya canciones y danza en la noche.

DON FERNANDO

Y, si en el suelo, aun temieran las armas,
dilas que es vieja costumbre, en nosotros,
cuando á reir con mujeres salimos,
llevar, á guisa de cofres, las armas,
donde ofrecerlas las piedras preciosas.

DON DIEGO

¡Llámalas!

SOBEYA

¡Calla! no falta llamarlas
que ya el tapiz oscilando me anuncia
roce de manos que oprimen su seda.

Levantando la voz.

¡Pasad!

*Se descorre el tapiz y entra en escena
Zahara, que llega descompuesta hasta don-
de está Sobeya, diciendo:*

ZAHARA

¡Sobeya!... Visiones de sangre,
dice el poeta en sus tristes casidas...
nuevas victorias del Cid; los que vienen

del mar, al mar nuevamente se tornan;
y aquel Emir, que á salvarnos corría,
por todo premio, se marcha del campo
con una herida en la sien. Y el Profeta,
desesperado, se hirió con su alfanje,
por no anunciar más dolor!

SOBEYA

Con ironía trágica.

¿Y que importa?

¡Ven, que esta noche es alegre!

LOBNA

*Entrando con precipitación seguida de
Amina, Saida y Nocima.*

¡Sobeya!

¡Un triste augurio, una cosa funesta!
De aquel beduino que educa serpientes,
sangran las manos. Vibrando atrevida
la lengua aguda color de relámpago,
mordióle en ellas la víbora negra,
y, en el dolor, blasfemó del Profeta.

SOBEYA

Lobna, ¿qué valen tus tristes augurios?
¡Mira cristianos, que á vernos acuden
y están sin armas y piden canciones!

DON FERNANDO

¡Tregua á las luchas! Valencia nos tiene
de sol, de fuego, de olvido y pereza
llenas las almas; ansioso el sentido.

LOBNA

¡Ah! ¿sois cristianos los dos? ¿De la raza
que abrió á Al-Cadir en el pecho una herida,
que estaba roja, al entrar en mi lecho,
y ennegreció con el último abrazo?

SOBEYA

Lobna, ¿qué valen tus tristes recuerdos?

AMINA

A la mora que queda tras ella.

¡Saida, cristianos!

SAIDA

A la otra.

¡Cristianos, Nocima!

DON DIEGO

Levantándose, á Lobna.

De los que os aman y os miran con gozo

viendo, en vosotras, la cosa ignorada
y en vuestros labios el fruto exquisito
que Dios, la ley y la sangre les vedan!

Lobna retrocede esquivándose.

SOBEYA

Dominando la situación con furia trágica.

Lobna, ¿á qué huyes? ¡La noche es alegre!

Rodea con sus brazos el cuello de Fernando: raptó.

Yo la recojo, en mis brazos abiertos,
yo la bendigo y la beso, en tus labios,
la noche, en que serás mío, cristiano;
yo beberé del licor que tú adoras
rojo y ardiente color de las llamas;
mío serás como nunca de nadie,
hasta quedar con espuma en la boca;
mío serás con vestido de púrpura
¡mío, cristiano, y ya nunca de nadie!

DON DIEGO

Receloso de que las palabras de Sobeya puedan encubrir amenazas y sacudiéndola bruscamente para librar á Fernando de sus brazos.

¿Qué cantas, hiena? ¿Qué lengua es la tuya?
¿Es que amenaza tu voz, ó promete?

SOBEYA

Irguiéndose enigmática y triunfante:

¡Son mis canciones! ¡Las rojas canciones
de los combates de amor de mi raza!

ZAHARA

¡Y yo diré las canciones ardientes
como el simoun del desierto!

NOCIMA

Y mis labios
las del abrazo en la aurora, tranquilas
como los ojos de nuestras camellas.

AMINA

Y en vuestro honor, tejaremos las danzas
inciernas, vagas de líneas que huyen,
como fatal caravana en la arena.

SOBEYA

Y nuestros ojos serán más profundos
que la cisterna en los verdes oasis.

DON FERNANDO

Con exaltación.

¡Vino, Sobeya, y las danzas empiezen!

SOBEYA

Tratando de excitarle más.

El arrabal está quieto; si oyeran
ruido en la noche, vendrían las gentes
del Cid.

DON DIEGO

No importa, cerremos las puertas.

SOBEYA

¡Jamás! El Cid lo prohíbe; sus gentes
quieren entrar y salir, en las casas
de los vencidos; mostrar que vivimos
de su piedad, por favor y entre extraños!

DON FERNANDO

Que ya comienza á irritarse con la resistencia de Sobeya.

¡Danzad, no importa! Este barrio es desierto.

SOBEYA

Pero si el Cid se retira del campo
han de pasar por aquí sus meshadas.

DON DIEGO

Delante mismo del Cid, cuando pase,
quiero que todas dancéis. ¡Danzad, digo,
y obedeced, ó por Dios que os golpeo!

Levanta el puño amenazando. Gritan las
mujeres amedrentadas; hace unos instantes
que levantando el tapiz ha entrado en esce-
na Ben Gehaf. Avanza sin ser visto, y aga-
rrando el puño de Don Diego le obliga á
bajarlo, diciendo:

BEN GEHAF

¡Cuando querían morder, sucumbieron!

DON DIEGO

¿Quién eres tú?

BEN GEHAF

¿No te han dicho?... Un beduíno.

SOBEYA

El beduíno que educa serpientes.

BEN GEHAF

Ya no, Sobeya; el beduino verdugo:
cuando querían morder, sucumbieron.

LOBNA

¿Las dos?... ¡Oh, cuenta la escena funesta!

NOCIMA

Déjale hablar, nazareno, y las danzas
empezarán después del relato.

SAIDA

Con mayor furia...

AMINA

¡Más locas... con ellas
olvidaremos la escena de sangre!

DON FERNANDO

Cuenta, beduino, y escoge una á una,
como el arquero sus flechas, tus frases:
mira que, ardientes, se claven, en medio
de la atención, con que todos te escuchan.
¿Cómo has herido á las dos alimañas?

BEN GEHAF

Con estas manos; sus bocas abiertas,
mira, en las dos me han dejado veneno.

Con instintivo horror se apartan los Infantes. Las mujeres se agrupan alrededor de Ben Gehaf á usanza mora, tendidas casi todas por el suelo. Ben Gehaf habla, dirigiéndose siempre á los Infantes, dominándoles, sugestionándoles y abatiéndoles al final, como lo indica el diálogo.

No me habéis visto educando serpientes...
¿Qué entenderéis de las cosas que digo?
De mis dos ojos partían los rayos
que las sabían tener suspendidas,
rectas, como hilos de oro en el aire.
Las dos serpientes tenía colgadas
en el alfanje de mis dos miradas:
toda mi fuerza vibraba en mis ojos:
yo sé tender la mirada á los fondos
de lo infinito, que está en el desierto:
y ellas, sintiendo la rápida fuga,
para seguirla, se tienden, se alargan
y quedan ambas, flotando, en el aire
las golas tensas, las colas vibrando,
como la pluma en un yelmo de guerra
cuando el jinete al ataque se lanza.
Mis dos miradas retraigo á mí mismo
y ellas se doblan siguiéndolas; cercan
mi cuello; buscan tenderse en mis hombros,
ciñen con aros de fuego mis brazos;
cuando los cruzo, me buscan el pecho;
su piel resbala en mi piel y está fría,

lisa, y parece en un óleo bañada.
 Ahondo más la mirada; la hinco
 como una lanza en mis propias entrañas,
 y ellas, vibrantes, en agria tortura,
 como dos flechas, que dan en el blanco
 y ya no pueden silbar y aun palpitan,
 en los dos lados del pecho, se clavan:
 hay en las gentes aplausos y gritos
 y un gran horror, como un vino, me exalta.
 Cierro los ojos; mis párpados caen
 como dos claros escudos de bronce.
 Las dos serpientes, que están sin aguante,
 dan contra el suelo; se enroscan y silban;
 se sienten libres; me ven indefenso;
 con odio entrambas me miran; su pecho
 choca, en la tierra, cobrando un impulso,
 y hacia mí entrambas, irguiéndose, parten.
 Y yo, cerrados mis ojos, las siento:
 un frío extraño se enrosca á mis piernas,
 y sube y sube y sus lenguas, vibrando,
 son, en mi piel, como un soplo de fuego.
 Vuelvo á mirarlas; las paro; las fijo,
 y, bruscamente, de un golpe, á dos brazas,
 silbando, hiriendo los aires, las lanzo.
 Allí, comienza la danza postrera;
 yo mismo danzo; mis ojos oscilan;
 en gesto oblicuo, se cruzan sus rayos
 y ellas se yerguen, se tuercen, se abaten,
 se encogen, saltan; se juntan, se arrollan,
 los ojos verdes, las bocas abiertas,
 unidas, prietas, mezclando sus lenguas,
 como al impulso del aire, dos llamas.

DON FERNANDO

Con incrédula ironía.

¿Y á tí, tan hábil, quisieron morderte?

BEN GEHAF

Porque no estaba en mis ojos mi espíritu.
 Mi pensamiento se fué de mi lado.
 Lejos, al lejos, veía los campos
 y los caballos cubiertos de sangre
 y la algarada y la gente y las lanzas:
 veía al Cid, con sus barbas sombrías,
 y á los que vienen del mar á salvarnos;
 porque yo soy de su raza, cristianos,
 y era aquí grande y ha sido Valencia
 mía, del último barrio al Alcázar.
 ¡Porque he llorado la sangre y el agua
 sobre las ruinas de aquella hermosura!

SOBEYA

Que estará vigilando junto á la puerta
del fondo.

Ruido de gentes se escucha á lo lejos.

LOBNA

Con angustia.

¡El Cid regresa!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Avdo. 1225 MONTERREY, MEXICO

BEN GEHAF

Con transporte.

¡Y regresa triunfante!
 ¡Y yo le he visto en visión y maldije,
 antes que el Cid lo lograra, este triunfo!

Transición: á los Infantes.

¡Y así tenía los ojos dormidos
 y las serpientes en mí se enroscaban!

VOCES

A lo lejos.

¡Victoria!

EL MULSUMÁN

Que ha entrado antes acompañando á
 los Infantes, vuelve á entrar descompuesto
 gritando.

¡Vienen!

BEN GEHAF

¡Espera!

SOBEYA

A Ben Gehaf, como reconviniéndole.

¡Ya es tarde!

BEN GEHAF

Siempre á los Infantes.

Y, entonces, perros del Cid, viboreznos,
 que babeais de mis hembras el rastro,
 abrí mis brazos, sonaron los músculos
 como la cuerda tendida de un arco...

SOBEYA

¡Llegan!

BEN GEHAF

...y hundiendo el pulgar en sus cuellos
 así...

Avanza amenazador; los Infantes retro-
 ceden pálidos; les echa las manos al cuello
 y concluye.

...¡á las dos á mis pies he tendido!

DON DIEGO y DON FERNANDO

¡Traición!

TÉLLEZ MUÑOZ

Entrando en escena con un estandarte
 negro en la mano á tiempo en que los In-
 fantes se arrodillan, implorando misericor-
 dia de Ben Gehaf.

¡Nunca sabrá esta vergüenza Castilla!

Cierra violentamente la puerta del tabuco y le grita á Ben Gehaf.

¡Tú, Ben Gehaf! En un tiempo, tus manos,
al desnudar el acero Castilla,
se avergonzaran de herir mujerzuelas.

BEN GEHAF

Se revuelve. Suelta á los Infantes y lanzando un grito se prepara, desnudando el alfanje contra el castellano. Al desnudar el alfanje deja al descubierto el corazón y Téllez Muñoz se lo atraviesa.

¡Ah!

Cae herido. Su tronco, al caer, aparta el tapiz, que cubre á medias su cuerpo.

TÉLLEZ MUÑOZ

Al herirle.

¡Muere!

Luego se arrodilla cerca del cuerpo tendido y gesticula, detrás del tapiz. Retira la espada ensangrentada, se yergue y dice hablando con algien que estará tras la cortina.

¡Atrás, y tomad su cabeza!
¡Castilla os hace esta ofrenda, sultanas!

Un ruido siniestro, un grito sofocante de horror. Los dos Infantes, entre tanto, tratan de reponerse, medio tendidos en el diván. Llevan las manos á los cuellos doloridos. Téllez Muñoz, sin hablar palabra, vuelve á ponerse la espada en el cinto, saca una daga corta y se acerca á los Infantes.

Ahora, podéis combatir, los Infantes;
vuestro enemigo no tiene defensa;
tomad la espada y mojadla en su sangre:
¡hasta llegar á Valencia vosotros
no ha habido un hombre del Cid, que volviese
del campo á casa la espada sin sangre!
Tomad la espada y mojadla, no hay miedo.

DON FERNANDO

Con altanería insolente.

Tú, que acatar nuestras órdenes debes,
¿por qué nos mandas, Muñoz?

TÉLLEZ MUÑOZ

Mostrando su espada.

Porque puedo.

Toma las dos espadas del suelo, y poniéndolas en las manos de los Infantes les dice, empujándoles hacia el cuerpo tendido.

¡Ensangrentad estos hierros baldíos!

Obedeciendo, á su pesar, á Téllez Muñoz, los dos Infantes tratarán de mojar sus espadas en la sangre que mancha el suelo junto al cadáver de Ben Gehaf.

¡Así!

A Don Fernando.

Tú vuelves del campo, Fernando,
y si al pisar esta noche el Alcázar
nuevas te sale á pedir doña Elvira,
dirás que el moro se ha vuelto á sus naves;
que, como bueno, cumplió el castellano:
que cien caballos, los míos, son tuyos:
y que, por darlo de alfombra á sus plantas,
este estandarte has cogido al rey Bucar.

Entrega el estandarte negro al Infante
Don Fernando. Éste lo toma, sin compren-
der lo que Muñoz se propone, y Téllez Mu-
ñoz se dirige á Don Diego, diciéndole.

Y tú, don Diego, de todos los hombres
el más feliz y el que menos lo estima;
cuando la esposa que el Rey te ha entregado
salga á pedirte qué has hecho en tu día,
responderás que has quedado en Valencia,
le mostrarás este acero sangriento,
y le dirás que el mayor enemigo
del Cid, Emir Ben Gehaf, ya no existe:
mientras nosotros afuera luchábamos,
segunda vez tú has tomado á Valencia.
¡Partid!

DON DIEGO

Con desconfianza insidiosa.

Y en tanto, ¿qué gajes tenemos
de que no habrá de vendernos tu lengua?
¿No es doble así el deshonor, si tú hablas?
Y tú, ¿por qué callarías?

TÉLLEZ MUÑOZ

¿Y aun dudas?
¿Y aun no lo has visto, Infanzón, que son ellas
las que en vosotros quiero ver honradas?
¿Gajes pedís?... ¡Escuchad cómo habla
Téllez Muñoz, que jamás se desmiente!

Abre las puertas y se asoma á ellas, gri-
tando.

¡Gentes del Cid! ¿Que esperáis que así, solos,
los de Carrión van volviendo al Alcázar?
¿Así abandona á sus héroes Castilla?
¡Venid! El negro estandarte de Bucar
lleva Fernando el Infante en sus manos!
¡Hijo del Cid, como el Cid se hace grande!
¡Venid, que un cuerpo ha caído sangriento
y es Ben Gehaf, y don Diego lo ha herido!
¡Por él la paz se asegura en Valencia!
¡Que doña Sol vuestra dueña y mi dueña
honrada sea en la hazaña gloriosa!

Una multitud rodea con gritos y vitores á
los dos Infantes y les acompaña aclamán-
doles, calle arriba. Téllez Muñoz se abraza
á Pero Bermúdez y esconde la cabeza en
sus hombros, para no presenciar aquella
escena que le hiere.

TELÓN